

JUAN PABLO MORENO

DEL PLANETA AL UNIVERSO

*Crónica negra de los premios literarios,
contada por uno de sus finalistas*

© Juan Pablo Moreno, 2026

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio sin la autorización previa y por escrito del autor, salvo las citas breves amparadas por el derecho de cita.

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: [el que asigne KDP]

Diseño de cubierta: [autor de la portada]

Publicado de forma independiente

www.juanpablomoreno.com

www.youtube.com/@JuanPabloMorenoEscritor

A todos los aspirantes a escritores que presentan
cada año sus obras a premios literarios

El autor advierte que este libro contiene hechos y opiniones, y que ha procurado que se distingan sin esfuerzo los unos de las otras. Advierte también que el Grupo, la Editorial y el Premio Universo que en él se mencionan pertenecen a una novela suya y que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRÓLOGO: EL ORIGEN DE ESTE LIBRO Y CÓMO LEERLO

Soy escritor de ficción. Empecé tarde, con casi cincuenta años, después de dos décadas como ejecutivo de empresas, y llevo desde entonces sin poder parar. Digo esto al principio porque explica casi todo lo que viene después: este libro lo escribe alguien que mira la industria editorial con dos ojos que no suelen ir juntos, el del escritor que aspira a conseguir lectores y el del director financiero que sabe leer una cuenta de resultados.

En mayo de 2014 asistí en Sevilla, como uno de los diez finalistas, a la ceremonia de entrega del XIX Premio Fernando Lara de Novela, de Editorial Planeta. Había presentado *Hasta el final de los tiempos*, mi primera novela, que años después publicaría, reescrita, con el título de *No siempre puedes conseguir lo que quieres*. No me presenté con esperanza de ganar. Lo hice porque me hacía ilusión que mi nombre saliera en los periódicos por algo que había escrito y acudí a la gala porque tenía curiosidad.

La curiosidad quedó ampliamente satisfecha.

Lo que viví aquella noche —la cena en la mesa 36, la más alejada del escenario, en la que la organización nos había sentado juntos a cuatro de los cinco finalistas que nos habíamos presentado sin seudónimo; el paripé de las votaciones sucesivas; el jurado abriendo una plica cuyo contenido, todo apunta a ello, ya

conocía; el sevillano que nos invitó a las copas y del que sigo sospechando que pasó luego la nota de gastos a la editorial— no me indignó. Me divertió. Y, sobre todo, me dio una idea.

En el AVE de vuelta escribí un resumen de la velada y se lo mandé a familia y amigos. Se troncharon. Podría haber quedado en eso, en una anécdota para contar de vez en cuando, pero seguí dándole vueltas. Al llegar a Atocha ya había apuntado la posibilidad de escribir una novela de intriga a la manera de Agatha Christie ambientada en una entrega de premios. Tenía todos los ingredientes: mucho dinero en juego, intereses empresariales, celos y envidias profesionales, corruptelas posibles y hasta motivaciones políticas ocultas. Solo había que cocinarlos.

Tardé una década en empezar a hacerlo porque antes tenía que publicar la novela que fue finalista del Fernando Lara, a la que siguieron dos continuaciones, y pulir otra novela, *Herencia*, con la que no acababa de estar satisfecho.

Además de mi trabajo como ejecutivo de empresas, claro está. No se vive del aire y a mí el *hobby* de escritor siempre me ha costado dinero.

Muerte en la entrega de premios se publicó en octubre de 2025, deliberadamente en las mismas fechas en que se fallaba el premio Planeta. Para acompañar el lanzamiento abrí un canal de YouTube en el que, entre otros temas, conté lo que había aprendido sobre los premios literarios españoles. En la novela, la editorial se llama Universo y su premio está dotado con un millón y medio de euros, la mayor cantidad que nadie ha pagado nunca por una novela. Todo parecido con la realidad es pura coincidencia. Salvo el sistema de votación, que Planeta adaptó del

Goncourt y yo copié del Planeta. O más exactamente del que presencié en Sevilla, que no es del todo ninguno de los dos.

Ya en 2026 quedé por fin lo bastante satisfecho con *Herencia* como para animarme a publicarla. Para ello tuve que extraer material ensayístico que ralentizaba la trama, del que surgió un ensayo titulado *De la España bipolar a la esquizofrénica*. Mientras elegía la fecha de publicación de ambos, caí en la cuenta de algo. A partir de *Herencia*, una novela, había escrito un ensayo. ¿Por qué no hacer lo mismo con *Muerte en la entrega de premios*? Toda la investigación estaba hecha: eran los guiones de aquellos vídeos, escritos a lo largo de un año, corregidos por los comentarios de quienes los vieron y ampliados por lo que me fueron contando quienes se pusieron en contacto conmigo después.

El vídeo en el que analizaba el discurso de aceptación del ganador del Planeta de 2025 se hizo viral y superó el millón de visualizaciones entre las distintas redes¹. Aquello me dio unas semanas de notoriedad. Y la notoriedad hizo que me escribiera gente. Entre ella, una finalista de la edición de 2022 del premio Planeta. Lo que me contó sobre el trato a los finalistas yo no lo sabía, y es peor que lo que viví en Sevilla.

Mi amigo el escritor y *coach* literario Rais Busom me entrevistó por entonces y me bautizó como «el escritor antipremios». El nombre me hizo gracia y me lo quedé, aunque no es del todo exacto. No estoy contra los premios literarios. Estoy contra que se llame premio literario a lo que no lo es.

De eso trata este libro.

Queda decir cómo está escrito. Este libro contiene hechos y opiniones, y he procurado que se distingan sin esfuerzo los unos de las otras.

Los hechos son verificables: cifras publicadas, bases de concursos, declaraciones recogidas por la prensa, resoluciones judiciales y mi propia experiencia como finalista del premio Fernando Lara de 2014.

Las opiniones son mías y las presento como tales. Cuando afirmo que un premio determinado está adjudicado de antemano, lo hago apoyándome en indicios que expongo, no en pruebas documentales que no poseo, y por eso escribo «presuntamente» tantas veces como haga falta. Cuando digo que una novela me parece mala pese al premio recibido, digo exactamente eso: que la he leído y que me lo parece a mí.

No pretendo que nadie comparta mis conclusiones. Pretendo que quien llegue al final tenga los datos suficientes para formarse las suyas.

Vuelvo sobre la advertencia que he colocado tras el índice, porque conviene desarrollarla. A lo largo del libro aparecerá de vez en cuando mi novela *Muerte en la entrega de premios*, de la que nació este ensayo. En ella hay un grupo empresarial llamado Universo, una editorial llamada Universo y un premio literario llamado Universo.

No tienen nada que ver con el Grupo Planeta, con Editorial Planeta ni con el premio Planeta. Y lo aclaro porque lo que ocurre en Universo no tiene parangón. Allí hay manipulación deliberada, hay intereses políticos, hay un cadáver en el primer capítulo. Aquí, en la realidad, hay una operación comercial muy rentable y un

PRÓLOGO

trato desconsiderado a algunos escritores que se lo toman en serio y a muchos lectores que creen que el premio es algo distinto a lo que es.

En esta ocasión la ficción supera a la realidad, y con creces.

Al final he incluido, a modo de anexo, el primer capítulo de *Muerte en la entrega de premios*. Quien lea el ensayo y se anime con él verá que los hechos —que no las circunstancias, ni las de la editorial ni las de los personajes— son casi los mismos que cuento en la segunda parte de este ensayo, cuando narro mi experiencia.

Salvo por un pequeño detalle: en mi entrega de premios nadie murió al final.

INTRODUCCIÓN: LA ANOMALÍA DE LOS PREMIOS ESPAÑOLES

Empiezo el ensayo situando los premios literarios españoles donde realmente están, que no es donde el ruido de cada octubre los coloca.

La industria editorial tiene una cadena de valor razonablemente sencilla: alguien escribe, alguien edita y corrige, alguien imprime y distribuye, alguien vende y, en algún punto de todo ese recorrido, alguien tiene que conseguir que el lector se entere de que el libro existe. Los premios literarios pertenecen íntegramente a esa última fase. Son comunicación y promoción. Sirven para dar a conocer un libro, a su autor y a quien concede el premio, sea una editorial privada o un organismo público.

Esto no es una acusación, es una descripción. El Goncourt promociona novelas, el Booker promociona novelas y el Pulitzer promociona novelas. Que un premio sirva para vender más ejemplares no lo convierte en sospechoso de nada.

Los premios se pueden clasificar por tres criterios.

Según quién los concede, hay premios de editorial y premios de organismos independientes como fundaciones, academias o diversas administraciones públicas.

Según qué se premia, los hay a la obra completa de un autor y los hay a un libro concreto.

Y según el estado de ese libro, los hay a obras ya publicadas y los hay a textos inéditos, que a su vez pueden presentarse con el nombre del autor o bajo seudónimo.

Esa última distinción es la que explica dónde reside la anomalía española.

Ordenemos los premios literarios del mundo por su dotación económica. La tabla que sigue recoge todos los que pagan 100.000 euros o más a un solo galardonado. No es una selección mía de los más importantes: es el corte completo por encima de esa cifra, hasta donde he podido documentarlo.

#	Denominación	Dotación	Características
1	The Million's Poet (Abu Dabi)	1.165.000 €	Concurso televisivo de poesía nabatí recitada
2	Premio Aena de Narrativa (España)	1.000.000 €	Novela ya publicada. Primera edición en 2026
3	Premio Planeta (España)	1.000.000 €	Novela inédita, otorgado por Editorial Planeta
4	Premio Nobel de Literatura (Suecia)	1.000.000 €	Obra completa de un escritor. Academia Sueca
5	Memorial Astrid Lindgren (Suecia)	455.000 €	Obra completa en literatura infantil y juvenil
6	Prince of Poets (Abu Dabi)	233.000 €	Concurso televisivo de poesía en árabe clásico
7	Personalidad Cultural del Año, Sheikh Zayed (EAU)	233.000 €	Trayectoria cultural
8	Ibsen Internacional (Noruega)	228.000 €	Obra completa de un dramaturgo

DEL PLANETA AL UNIVERSO

#	Denominación	Dotación	Características
9	Dorothy y Lillian Gish (EE. UU.)	214.000 €	Obra completa de un artista, no necesariamente escritor
10	Finalista del Premio Planeta (España)	200.000 €	Novela inédita
11	Mundial Cino del Duca (Francia)	200.000 €	Obra completa, literaria o científica
12	Sheikh Zayed Book Award (EAU)	175.000 €	Obra publicada. Importe por cada una de sus nueve categorías
13	Windham-Campbell (EE. UU.)	150.000 €	Obra publicada. Universidad de Yale
14	Alfaguara de Novela (España)	150.000 €	Novela inédita, otorgado por Alfaguara (Penguin Random House)
15	Al Owais (EAU)	128.000 €	Obra completa. Importe por categoría
16	FIL de Guadalajara en Lenguas Romances (México)	128.000 €	Obra completa
17	Miguel de Cervantes (España)	125.000 €	Obra completa; el más importante en lengua castellana
18	Premio de Novela Fernando Lara (España)	120.000 €	Novela inédita, otorgado por Editorial Planeta
19	Carlos Fuentes (México)	107.000 €	Obra completa en lengua española
20	Primavera de Novela (España)	100.000 €	Novela inédita, otorgado por Espasa (Grupo Planeta)

Léala despacio y busque los premios a novelas inéditas. Hay cinco. Los cinco son españoles: el Planeta, su propio finalista, el

Alfaguara, el Fernando Lara y el Primavera. Ninguno de los quince restantes premia un texto que nadie haya leído todavía. La mayoría premia una trayectoria completa, no una única obra. Y tres de ellos ni siquiera son premios literarios en sentido estricto: dos son concursos televisivos de recitado y el tercero distingue a artistas de cualquier disciplina.

Añado un apunte de vanidad de novelista, porque viene al caso y porque volveré sobre él. Si el premio Universo que inventé para *Muerte en la entrega de premios* existiera de verdad, con su millón y medio de euros a una novela inédita, encabezaría esta tabla. Le puse esa cifra precisamente para que así fuera, y en la tercera parte explico por qué.

Por debajo de esa lista, la nómina española sigue siendo abrumadora. El Grupo Planeta tiene además el Azorín, con 45.000 euros; el Nadal, con 30.000; y el Tusquets, con 18.000. Anagrama concede el Herralde, con 25.000. Y detrás viene la retahíla interminable de los premios convocados por ayuntamientos, diputaciones, ateneos y fundaciones locales: el Barbastro, el Café Gijón, el Ateneo de Sevilla, todos ellos en torno a los 20.000 euros. Todos a novela inédita.

Compárese ahora con lo que se paga fuera. El Rómulo Gallegos, en Venezuela, entrega 80.000 euros; el Booker británico, 58.000; el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, 10.000; el National Book Award estadounidense, 9.000, más otros 1.000 para cada finalista; el Pulitzer, 15.000 dólares. Todos ellos a obras ya publicadas.

Y el Goncourt, diez euros.

Diez euros. El premio que se concede desde 1903, que ha distinguido a Proust, a Malraux, a Beauvoir, a Duras y a Houellebecq, y que cada noviembre convierte a su ganador en el escritor más vendido de Francia, entrega diez euros. Y algunos de enorme prestigio no entregan absolutamente nada: los Hugo y los Nebula en ciencia ficción, el Edgar en novela negra, el Bram Stoker en terror. El beneficio para el autor no está en el cheque, está en las ventas que arrastra el prestigio acumulado por quienes lo ganaron antes.

Alguien objetará que premios a novelas inéditas los hay en todas partes, y es verdad. Lo que cambia es para qué sirven. Fuera de España son casi siempre certámenes dirigidos a autores desconocidos, y el premio de verdad no es el dinero: es que te publiquen y, si el premio cuenta con un prestigio ganado a lo largo de los años, que el libro se venda. El LeYa portugués, el mayor del mundo lusófono para una novela inédita, entrega 50.000 euros. El Edogawa Rampo japonés, que ha lanzado la carrera de buena parte de los autores de novela negra del país, ronda los 57.000.

Y eso también existe en España, por supuesto. Hay decenas de certámenes que funcionan exactamente así, con dotaciones modestas y un prestigio eclipsado por los anteriores. Esos premios no son el objeto de este libro. El fenómeno del que trata es otro: pagar un millón de euros por un texto que nadie ha leído, y hacerlo con autores que ya son conocidos y que no necesitan que nadie los descubra.

De todo ello sale una constatación: España es prácticamente el único país del mundo donde se pagan cantidades muy elevadas por novelas que nadie ha leído todavía.

Una precisión: cuando digo «España» debería decir, siendo riguroso, «el ámbito editorial en lengua española dominado por editoriales de origen español». Los grandes grupos exportaron el modelo a Hispanoamérica y allí funciona exactamente igual. El premio Planeta Argentina, del que hablaré más adelante porque acabó en los tribunales, es el ejemplo perfecto.

La anomalía española tiene dos rasgos.

El primero es el importe. Y el dato que mejor lo resume no es el millón de euros del Planeta, sino cuál es el segundo premio del mundo a una novela inédita: el de finalista de ese mismo Planeta, con 200.000 euros. Por encima de lo que se paga por un manuscrito en Estados Unidos, en Alemania, en el Reino Unido, en Japón o en China. Y por debajo, todavía españoles, el Alfaguara, el Fernando Lara del que yo fui finalista y el Primavera.

El segundo rasgo es el seudónimo. En estos premios el autor puede presentarse bajo un nombre falso guardado en un sobre cerrado —la plica— que en teoría solo se abre cuando el jurado ha decidido. En los convocados por instituciones públicas es obligatorio, precisamente para que el jurado no se vea influido por el nombre. En el Planeta, el Fernando Lara y el Nadal es opcional: puedes presentarte con tu nombre y apellidos. En ese caso tu nombre no está escondido en un sobre que alguna celebridad abra en el momento más «emocionante» de la ceremonia.

¿Te descarta eso como posible ganador del premio?

Según las bases no, la realidad dice algo distinto.

Desde 2014, que es desde donde lo he comprobado edición por edición, ninguna novela presentada con el nombre y los apellidos de su autor ha ganado el premio Planeta, ni el de finalista

del Planeta, ni el Fernando Lara. Ninguna. Y no es que sean unos pocos los que se presentan así: son alrededor del 40 % de los finalistas. El recuento es mío y está hecho a mano, pero cualquiera puede rehacerlo, porque las listas de finalistas se publican en los periódicos.

Pero ¿cómo se llegó hasta aquí? Merece la pena contarlo, porque el origen explica bastante.

El premio literario moderno nace en Francia y nace modesto.

Edmond de Goncourt murió en 1896 y dejó dispuesta en su testamento la creación de una academia de diez miembros que concediera cada año un premio a la mejor obra de imaginación en prosa. La primera edición se falló en 1903. La dotación eran entonces 5.000 francos oro, unos 25.000 euros de hoy: dinero de verdad. Lo que redujo el premio a nada no fue ninguna decisión literaria, sino una obligación contable. Como entidad de utilidad pública, la academia estaba obligada a mantener el legado invertido en renta del Estado, que no se actualizaba, y las devaluaciones posteriores a 1914 y la reforma del franco de 1928 lo pulverizaron. En los años sesenta el premio había quedado en cincuenta francos. Hoy es un cheque de diez euros que los ganadores no llegan a ingresar. El cheque se enmarca.

Su sistema de votación merece atención, porque acabará reproduciéndose en Barcelona. Los académicos se reúnen a almorzar —desde 1914 en el restaurante Drouant, en la plaza Gaillon— y votan de viva voz, en turnos sucesivos y siempre sobre las mismas candidaturas: hasta el décimo turno hace falta mayoría absoluta, del undécimo al decimotercero basta la relativa y, si en el decimocuarto sigue habiendo empate, el voto del presidente

cuenta doble. Antes de llegar ahí la academia ha ido estrechando la lista en público y por etapas, de quince títulos a ocho y de ocho a cuatro, entre principios de septiembre y finales de octubre. Es un mecanismo teatral y público, con una tensión que se estira durante dos meses.

A partir del Goncourt se multiplicaron los premios por todo el mundo, casi siempre con el mismo esquema: una institución independiente de las editoriales premia una obra ya publicada con una cantidad modesta o nula. El Pulitzer se instituye en 1917, el National Book Award en 1950, el Booker en 1969.

En España el primero fue el Nadal, convocado por Ediciones Destino en 1944, en pleno primer franquismo. Se falló por primera vez en enero de 1945 y lo ganó una desconocida de veintitrés años, Carmen Laforet, con una novela titulada *Nada*. Aquel acierto inaugural —porque *Nada* es una novela extraordinaria y sigue siéndolo ochenta años después— fundó la leyenda del Nadal como el premio que descubre grandes talentos. Guarde el lector el nombre de Carmen Laforet, que volverá a aparecer en este ensayo de la manera más inesperada.

El Planeta llegó en 1952. Lo creó José Manuel Lara Hernández, fundador de la editorial, con 40.000 pesetas de dotación, y desde el principio tuvo una lógica distinta de la del Nadal: no era tanto un premio de descubrimiento como una operación de comunicación. La dotación fue creciendo década tras década hasta convertirse en la mayor del mundo. El sistema de votación es una adaptación del Goncourt: las mismas rondas sucesivas, la misma tensión creciente, pero comprimidas en una sola noche. Lo que en París son dos meses de criba pública y un

almuerzo de diez académicos en un restaurante, en Barcelona es una gala con cuatrocientos o quinientos invitados y unas eliminaciones que se anuncian cada pocos minutos. El teatro se conservó entero; lo que cambió fue la escala y el reloj.

Después vinieron los demás. El Alfaguara nació en 1965, se interrumpió en 1972 y se retomó en 1998. El Fernando Lara se creó en 1996, en homenaje a Fernando Lara Bosch, hijo menor del fundador de Planeta, muerto en accidente de tráfico. El Primavera, el Torre vieja y la lista interminable que ya he mencionado también nacieron para quedarse.

El modelo se replicó porque funcionaba. Debió de tener un impacto comercial enorme desde el principio, porque de otro modo no se explica que ochenta años después siga vigente y que su dotación no haya hecho más que subir.

Dentro del conjunto, el Planeta tiene un estatus propio, y no solo por el dinero. Es mucho más que un premio literario: es el acto de promoción y publicidad más eficaz que Editorial Planeta realiza en todo el año, con una repercusión que ninguna inversión publicitaria convencional podría comprarle. Ocupa portadas, telediaros, tertulias y, durante semanas, las mesas de novedades de todas las librerías del país. Mirado así, y lo digo como director financiero, les sale barato. Cuánto de barato les sale es el asunto de la tercera parte de este ensayo, y allí pongo los números.

Ese es el sistema al que me presenté en 2014, con una primera novela sin corregir, sin ninguna expectativa de ganar y con una curiosidad que se convirtió en una gran inversión literaria.

Queda planteada la pregunta que da origen a todo lo demás:

Si en el resto del mundo el modelo funciona sin pagar fortunas por textos que nadie ha leído, ¿por qué se hace en España?

La respuesta corta es que funciona comercialmente, y funciona porque el millón de euros del Planeta no es lo que su nombre indica. No es un premio a fondo perdido: es un anticipo de derechos de autor que la editorial recupera con las ventas. Eso lo demuestro con números en la tercera parte. Lo digo aquí a modo de anticipo, que en este libro es la palabra exacta.

La respuesta larga ocupa el resto del ensayo.